

LIBROS

80

LETRAS LIBRES
OCTUBRE 2011

Alfredo R. Placencia
POESÍA COMPLETA

Héctor Manjarrez
ÚTIL Y MUY AMENO VOCABULARIO
PARA ENTENDER A LOS MEXICANOS

Alberto Fuguet
MISSING (UNA INVESTIGACIÓN)

**Ursula Marx, Gudrun
Schwarz, Michael Schwarz,
Erdmut Wizisla (eds.)**
ARCHIVOS DE WALTER BENJAMIN.
FOTOGRAFÍAS, TEXTOS Y DIBUJOS

Antonio García de León
TIERRA ADENTRO, MAR EN FUERA.
EL PUERTO DE VERACRUZ
Y SU LITORAL A SOTAVENTO, 1519-1821

C. M. Mayo
EL ÚLTIMO PRÍNCIPE
DEL IMPERIO MEXICANO



POESÍA

Placencia o el escándalo como virtud



Alfredo R. Placencia
POESÍA COMPLETA
ed. y pról. Ernesto Flores, México, Fondo de Cultura Económica/ Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2011, 643 pp.

JUAN JOSÉ DOÑÁN

Nuestra República Literaria tenía una vieja deuda con Alfredo Ramón Placencia (1875-1930). Por lo que hace al aspecto editorial, ese pasivo lo acaban de saldar el FCE y el CNCA. Sin embargo aún quedan otros pendientes, como una lectura cuidadosa y una justa valoración de la obra de Placencia, de la que hasta ahora solo se conocía una mínima parte: *El libro de Dios* (1924), con unas pocas reediciones, marginales en su mayoría, cuatro muestras antológicas –cuando no limitadas, mal distribuidas–, una compilación de sus libros hecha hace más

de medio siglo y que apenas circuló fuera de Guadalajara, y la inclusión de algunos poemas suyos en antologías de la poesía mexicana como las que hicieron, por separado, José Emilio Pacheco y Gabriel Zaid.

En esa lista de adeudos también debería figurar un estudio de gran calado sobre la vida y la obra del sacerdote católico Alfredo R. Placencia, cuya biografía –que hasta ahora tampoco ha tenido quien la escriba– cabría en ese género que el historiador Luis González llamó “novelas verídicas”. Y es que, como personaje, Placencia resulta tanto o más cautivante y conmovedor que varios colegas suyos de la ficción como el protagonista de la novela *El crimen del padre Amaro*, de Eça de Queiroz, o el Padre José, también apodado *Pater Whisky*, de *El poder y la gloria*, de Graham Greene. Con estos personajes ficticios, el verídico Alfredo R. Placencia comparte, además de la profesión sacerdotal, un carácter heterodoxo, motivo de toda clase de escándalos.

El libro que ahora se reseña es algo más que un buen abono a esa deuda acumulada con un escritor singularísimo: un gran poeta confesional, un espíritu errante que nunca pudo hacer huesos viejos en ninguna parte, un cura de pueblo de dudosa vocación sacerdotal –que padeció la incompreensión de sus superiores, de muchos de sus colegas, de no pocos de sus feligreses, de la sociedad de su tiempo y que, por eso mismo, en repetidas ocasiones se vio forzado a vivir en el destierro en Estados Unidos y Centroamérica–, un religioso al que mucho atraían los famosos tres enemigos del alma (“carne, demonio y mundo”), un hombre que atestiguó la muerte de cada uno de los integrantes de su familia –esa pérdida es el motivo de sus otros libros que pudo ver publicados: *El paso del dolor* y *Del cuartel y del claustro*–, alguien que, como dice Agustín Yáñez, “vivió sufriendo y consolando”.

Buena parte de la singularidad literaria del padre Placencia consiste en que nadie antes que él había

hecho poesía —y menos de tantos quilates— hablándole a Dios de un modo tan atrevido y tan entrañable a la vez, lo que en opinión de algunos de sus más lúcidos lectores no solo lo colocaría entre los mejores poetas católicos de nuestra lengua, sino que posiblemente lo convertiría también en el más audaz y original de todos. Antes que alabanzas, Placencia tiene para Dios, a cuyo servicio se consagró, reclamos, desavenencias y reproches, planteados con una desusada familiaridad. Pero la cosa no queda ahí, pues luego del vendaval de desacuerdos y de muestras de rebeldía casi siempre aparecen la aceptación y la ternura como lenitivos que disipan dudas, restauran abolladuras de la fe y sanan, aun cuando solo sea pasajera, el desasosiego espiritual, el sentimiento de orfandad y demás golpes que hay en la vida, como dijera un colega y contemporáneo suyo, César Vallejo.

Los seis libros póstumos de Placencia muestran a un poeta que no solo le canta a lo divino, sino también a lo terreno: pueblos y lugares en los que casi siempre estuvo de paso, breves momentos en que conoció la dicha, achaques reales e imaginarios (en cierta etapa de su vida se creyó condenado a la ceguera), fiestas populares y sucesos cotidianos, “la gente injusta”, y también el sentimiento de gratitud y de cariño que inspiran personas, animales (“*Menelik*, el buen perro”, que guiaría sus pasos cuando quedara efectivamente ciego) y hasta objetos perdidos (su añorado saxofón soprano, por ejemplo). En algún momento, el poeta se declara afín a su admirado Luis G. Urbina, a quien dedica un poema y llama “viejecito amigo, amador, como yo, de las cosas idas”.

Varios son los méritos del libro recién publicado. El primero, reunir y ordenar toda la obra poética que sobrevive de Alfredo R. Placencia (se incluyen veintinueve poemas no coleccionados), trabajo hecho con esmero por Ernesto Flores, quien durante años ha dedicado muchos de sus afanes a reivindicar la obra y el

buen nombre de un poeta injustamente marginado. Otro mérito no menos invaluable es la serie de testimonios de personas que trataron de cerca o conocieron al poeta, pero sobre todo al sacerdote y al hombre. De esos 49 testimoniales de otras tantas personas, cuyo origen y condición son de lo más diverso (recabados y ordenados también por el propio Flores), surge un sorprendente retrato del padre Placencia, un retrato poliédrico y a veces contradictorio, pero siempre fascinante y revelador.

Esos testimonios, que ocupan la mayor parte del “Prólogo”, son el fruto —magnífico fruto— de las entrevistas que Flores pudo realizar, presumiblemente durante los años sesenta y setenta, a un elenco tan diverso como extraordinario: vecinos y sobre todo vecinas de muchos de los pueblos en los que Placencia estuvo asignado como sacerdote, colegas y amigos suyos, algunos de los cuales lo recuerdan desde su época de estudiante en el seminario tapatío, un leal y agradecido discípulo (Luis Vázquez Correa) que terminó convertido en su albacea literario, varios intelectuales tapatíos (Agustín Yáñez, entre ellos) que en sus mocedades lo frecuentaron, lo admiraron, lo quisieron y buscaron promover su obra, y dos testimonios tan inesperados como conmovedores: el de Josefina Cortés y el de Jaime del mismo apellido, madre e hijo, y este último, hijo precisamente de Alfredo R. Placencia.

A veces los declarantes parecieran estar hablando de personas distintas, pues mientras unos lo describen como un sacerdote alegre, bondadoso y espiritual, otros lo recuerdan como un hombre irascible, mundano, disipado y hasta violento, y quien por ello mismo fue objeto de intrigas y habladurías. Vázquez Correa, alumno de Placencia en el seminario de San Juan de los Lagos, y quien en 1959 ordenó la obra póstuma del poeta, habla del desafecto que el arzobispo tapatío Francisco Orozco y Jiménez le habría tenido al sacerdote poeta, y asegura algo que es de una gravedad

mayúscula: luego de la muerte de Placencia, sus manuscritos habrían sido recogidos por orden de Orozco y Jiménez: “Y todo aquello lo quemaron en el arzobispado.”

Los testimonios de Josefina y Jaime Cortés hablan de un hombre que hizo vida familiar con ellos y que los llevó consigo al destierro. Por supuesto que eso provocó un gran escándalo, aun cuando se trataba también de un acto virtuoso al proteger y no dejar en el abandono a aquellos con quienes estaba obligado. Y es que Yáñez tenía toda la razón cuando, a raíz de la muerte de Placencia (el 20 de mayo de 1930), escribió, refiriéndose tanto al hombre como al poeta: “Su primer mérito es el del escándalo.” —

DICCIONARIO

Chingados mexicanismos



Héctor Manjarrez
ÚTIL Y MUY AMENO
VOCABULARIO PARA
ENTENDER A LOS
MEXICANOS
México, Grijalbo,
2011, 301 pp.

✎ RAFAEL LEMUS

Si uno se asoma a este o aquel manual de dialectología, uno termina por descubrir que un *mexicanismo* es la palabra, frase o acepción usada “de modo característico y exclusivo” en el español de México. Si uno persiste y consulta algunas de las muchas recopilaciones existentes de mexicanismos (el *Índice de mexicanismos* [2000] reúne 138 publicadas desde 1761), uno se topa justamente con palabras, frases y acepciones, simples o complejas, cultas o populares, sincrónicas o diacrónicas, que en teoría distinguen la lengua de los mexicanos. Uno también encuentra que muchas de esas recopilaciones

presumen de ser más o menos científicas y de haber empleado los criterios más modernos de la lexicografía a la hora de seleccionar sus vocablos y definir y anotar sus acepciones. Al final es fácil acabar convencido de que los mexicanismos, cómo no, existen y están ahí, obvios y redondos, listos para ser capturados y transcritos en un nuevo diccionario.

Pero los mexicanismos no existen así nada más ni están expuestos en la superficie. Para empezar, esas voces rara vez tienen una proyección nacional y nunca se limitan a las fronteras del Estado: o son localismos que circulan en unas partes y no en otras, o son expresiones que el emigrante ya arrastra consigo y que justo ahora repite en un rancho de California o en un *dinner* de Brooklyn ante un boliviano que pronto imitará y diseminará la frase —con lo que esta, ay, dejará de ser un *mexicanismo* y pasará a ser patrimonio de otros. Aparte, esas voces podrán circular por toda la república pero jamás lo harán parejamente: significan cosas distintas en cada uno de los círculos sociales que atraviesan. Finalmente y más importante: ¿cómo diablos identificar un mexicanismo? ¿Cómo saber si esta o aquella palabra, en apariencia *tan mexicana*, es de veras exclusiva del español de México? ¿Cómo asegurar que *chancludo*, *parranda* y *jsobres!*, por ejemplo, son expresiones que suenan solo en el país y no también en un oscuro barrio de Tegucigalpa o entre algunos ancianos de Asunción? Para asegurarlo habría que contar —como ha señalado Gabriel Zaid— con una serie de diccionarios que registraran confiablemente el castellano hablado en cada uno de los países hispanos y realizar, entonces, una detallada comparación de todos ellos para ver qué palabras comparten unos países con otros y cuáles, en efecto, despuntan en solitario. Desde luego que no existen esos diccionarios y por lo mismo, digan lo que digan las academias, no hay mucho de ciencia en esto de pescar mexicanismos y demás geolectos.

A final de cuentas, el lingüista —dalo mismo si es experto o aficionado— elige arbitrariamente unas palabras y discrimina inexplicablemente otras, a la vez que se obstina en fijar en unas pocas líneas significados siempre múltiples y siempre cambiantes.

Todo esto para decir que acaban de aparecer dos recopilaciones de mexicanismos: el vapuleado *Diccionario de mexicanismos* (2010) de la Academia Mexicana de la Lengua y el *Útil y muy ameno vocabulario para entender a los mexicanos* de Héctor Manjarrez (ciudad de México, 1945). La primera, está claro, es una investigación realizada por un equipo de lexicógrafos y avalada por una institución académica; la segunda es obra de un escritor que anotó durante diez años palabras y expresiones escuchadas aquí y allá, y al que solo avala su trabajo anterior: cuentos, novelas, ensayos. La primera contiene cerca de 11,400 voces —muchas menos que las treinta mil del *Diccionario* (1959) de Francisco J. Santamaría— y acompaña cada una con marcas gramaticales, de uso y de ámbito geográfico; la segunda incluye alrededor de 2,800 expresiones y ofrece solo una definición y uno o dos ejemplos de su empleo. La primera —¡horror!— elige como norma el español de España —es decir: la variante peninsular— y difunde, por carambola, una noción bastante colonizada de *mexicanismo* (todo aquello que se pronuncia en México y no en España); la segunda —más astuta— elude fijar una norma y recoge con generosidad expresiones usuales en México, sin atender demasiado si son o no exclusivas del país o si se entienden o no en la muy ilustre Castilla. La primera —finalmente— se obstina en ser científica y, por lo mismo, arrastra escrupulosa, metódicamente su absurda definición de *mexicanismo*; la segunda sospecha que todo diccionario es al fin y al cabo una pieza de creación y, por lo mismo, apuesta al humor y el relajo. Un áspero trabajo académico y un divertido diccionario personal: ¿qué es mejor?

Por supuesto que no hay manera de saberlo. En el *Diccionario* uno agradece la limpieza editorial y las marcas gramaticales, pero echa de menos definiciones más atinadas y ejemplos más inspirados. En el *Vocabulario* uno admira el buen oído de Manjarrez y celebra muchas de sus definiciones y casi todos sus ejemplos, pero extraña algo del rigor de recopilaciones más sistemáticas. En última instancia no importa decidir qué libro es mejor. Importa notar que ambos ejercicios son válidos y, claro, insuficientes: la lengua no es propiedad de nadie —ni de los académicos ni de los escritores—, y todo intento por detenerla y definirla no puede ser sino un fracaso más o menos escandaloso.

Hablando del *Útil y muy ameno vocabulario para entender a los mexicanos*: es una lástima que al ingenio de Manjarrez no lo haya acompañado un trabajo editorial más riguroso. Tan sencillo: el libro hubiera ganado montones si un editor hubiera uniformado algunos criterios y organizado de mejor manera las entradas. Se habría evitado que algunas voces aparecieran registradas dos veces (“pechonalidad” y “muchachonalidad”, por ejemplo) y que otras pocas (“dar el batazo” en vez de “dar el gatazo”) fueran transcritas con erratas. Más importante: se habría depurado la disposición alfabética de las entradas e impedido que expresiones como “darse color” y “feria” aparecieran, desatinadamente, bajo las letras c (de “color”) y u (de “una feria”). Tampoco le habría venido mal al libro imitar la estructura típica de casi todos los diccionarios y presentar, primero, el lema (digamos: “poner”) y luego, al interior de la entrada, todas las variaciones y locuciones posibles (“- como dado”, “- inyección”, “- parejo”, “- un cuatro”). De ese modo el libro se hubiera ahorrado algunas páginas y muchas repeticiones.

Bah. La verdad es que al final estos desperfectos editoriales ter-

minan siendo secundarios y que el *Vocabulario* resulta —de la A a la Z— un libro atestado de hallazgos y virtudes. Para empezar por alguna parte: ese sentido del *oído* que tanto se le ha elogiado a Manjarrez luce aquí como nunca y detecta expresiones que la Academia, con su equipo de lexicógrafos, no registra:

pomingo. Domingo con pomo, chupe, trago: “Este sabadito alegre tira para pomingo.”

teikirisi. Tómatelo con calma, no te encrespedes.

Además: este libro supone otra vuelta de Manjarrez al pasado inmediato —y no tan inmediato— del país (Christopher Domínguez: “Manjarrez cosecha lo que para Reyes es el más ingrato de los tiempos en literatura: el pasado inmediato”), viaje del que regresa con expresiones ya casi en desuso o, de plano, de su propia imaginación histórica:

ahumar. Videgrabar a un servidor público cuando recibe dinero de un particular que es precisamente el que lo graba.

babadrai (o babadry). Dícese del pulque, que es muy espeso (y por analogía con el refresco Canada Dry): “Ya casi no hay pulcatas donde echarse su babadrai.”

fufurufu. Rico, elegante, creído: “¿Tè crees muy fufurufu?”

Martatitlán. Durante seis años se le llamó así a la residencia presidencial y de Marta Sahagún, esposa de Vicente Fox; también: Los Pinos, Ciudad Sahagún: “Tè fotografiaron al salir de Martatitlán, no te hagas.”

(las) nenas abiertas de América Latina. Parodiando cierto libro de Eduardo Galeano, se decía de las refugiadas políticas de Sudamérica, a las que se les imputaba cierta facilidad para encamarse, en comparación con las mexicanas de entonces, más recataditas.

Pero sobre todo, y para acabar de una vez: el humor, la inventiva, los repetidos fognazos:

desapoderamiento ilícito. Jerga policiaca para denominar el robo: “Aquí al señor lo aprehendimos en flagrancia de desapoderamiento ilícito de un vehículo cuatro puertas color gris.”

dona. Ano: “Lo único que no enseña Madonna es la dona.”

emo. Persona joven que disfruta de estar deprimida.

muy aplaudido. Muy viejo, muy ruco, muy arrugado: “Redford ya se ve muy aplaudido.”

purrún. Problema, bronca, pedo; excremento: “No hay purrún con el purrún de tu perro, no te preocupes, nomás límpialo.”

pedo premiado. Emisión humana de gas acompañada de líquido: “Se me salió un pedo premiado en el baile, olvídate.”

tomar café. Morirse: “No, mi abuelito no votó, él ya tomó café hace tiempo.” —

NOVELA

La vida ajena



Alberto Fuguet
MISSING (UNA INVESTIGACIÓN)
México, Alfaguara,
2011, 386 pp.

GENEY BELTRÁN FÉLIX

Un escritor chileno de nombre Alberto Fuguet decide buscar a su tío Carlos, emigrante y exconvicto que dejó de tener contacto, desde un lejano día de los años ochenta, con su familia establecida en California. *Missing* es, así, la historia de la búsqueda no de un desaparecido por la dictadura de

Pinochet, como el título y la nacionalidad de su autor podrían hacer creer, sino de un hombre libre que decidió perderse en la multitudinaria geografía de Estados Unidos.

Sergio Gómez y Alberto Fuguet publicaron hace quince años la antología *McOndo*, en la que planteaban el disgusto generacional ante el predominio del realismo mágico, aunque otro aspecto discernible era extraliterario: el hartazgo por la circunstancia de que el mercado editorial se rehusaba a las novelas de temas urbanos o globalizados. El cambio de la escenografía (donde decía *campesino*, escribir *adolescente con walkman*, o en vez de *parcela* poner *aeropuerto*) no habría tenido resonancia si no viniese de la mano, en la escritura, de una exigencia, de entrada no inferior a la de las figuras del *boom*, a la hora de trabajar con los elementos trascendentes de la ficción: la estructura, el estilo. La pregunta hoy no sería por los rasgos cosmopolitas o las referencias a la cultura pop estadounidense, sino por el hecho de si en sus narraciones Fuguet ha creado —o no— objetos verbales poderosos.

Toda novela escrita con arrojo literario busca ser etimológicamente nueva; no se puede conformar con ser solo buena o verosímil o entretenida o congruente. Su fuerza se halla en una redefinición de cómo el género puede provocar la percepción de otra realidad, suplantando así la de todos los días. *Missing* es fiel a las recurrencias temáticas de Fuguet, y al mismo tiempo es fiel a la ambición del género por transgredir sus inercias para expandirse en estructuras que diseñen —solo así— realidades nuevas.

Con todo y el sustrato verídico de saga familiar, *Missing* exige ser leída no como la “investigación” que el subtítulo advierte, sino como una novela fundada en la premisa ficcional de la no ficción, al tiempo que desarrolla trama y personajes. Paralelamente, en tanto texto autobiográfico, *Missing* es un ejemplo de cómo la autoficción no se contenta con seguir siendo esa hija orgullosamente pobre de las

memorias y el ensayismo. Fuguet no se deja resbalar a la reflexión en torno a los pliegues del propio ombligo que parece condenar a mucha autoficción a un posmoderno equivalente del *nouveau roman* y, con el apoyo de la imaginación –nombre literario de la empatía–, incorpora en su relato el conocimiento de la psique no de un personaje, sino de otra “persona”. Más aún, aspira a cambiarle la vida a esa persona en la misma realidad:

Lo que quise hacer cuando empecé con todo esto era algo intrínsecamente literario pero que superaba con creces el acto de escribir un libro. Quería comprobar que un escritor –que yo– era capaz de algo más que decidir las vidas de sus personajes, sino también modificar vidas, alterarlas, cambiar destinos reales.

La aspiración vanguardista de superar el arte con el material de la vida lleva al autor de *Tinta roja* a otorgarle al narrador su propia familia, pasaporte y currículum, y también a reunir en las páginas de *Missing* pastiches de distinto signo: crónica, entrevista, saga familiar, gajos sueltos de un *Bildungsroman*, monólogo narrado en versos libres, correos electrónicos, reflexión metaliteraria –hasta la exégesis de la obra anterior de Fuguet nos encontramos. La “biografía” –no importa si ficticia o real– del tío Carlos concierne al tema del latino radicado en Estados Unidos; la larga sección “The echoes of his mind” tiene la eficacia de crear una voz deshilvanada y flexible, que mimetiza un monólogo divagador en su cariz versicular para construir la historia de un personaje con fisuras, dudas y caídas, que llega incluso a una emblemática anagnórisis realista. Cómo podría ser de otra manera: “Pero no es cuento, no es una novela. Es real. Me pasó”, le dice Carlos a su sobrino, quien respeta la literalidad, supuestamente anticlimática, de esa vida ajena. Los episodios conflictivos (estancias en la cárcel, rupturas amorosas, pleitos con el padre, el rencor

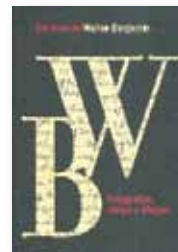
ante la pasividad materna) se narran en un medio tono reconciliado, pues se hallan asumidos por la reflexión del ejercicio memorioso. He aquí entonces el resultado: el múltiple carácter textual colabora con el verismo biográfico para crear un personaje de fuste decimonónico –adjetivo que, referido a temas de la novela, nunca uso sino como un elogio.

La travesía de Carlos por hoteles y camas y carreteras a lo largo de una geografía solitaria casi inabarcable lo convertiría en el paradigma de una situación dramática propia de la emigración: Carlos, ente de ficción marcado por la incertidumbre y la inaprehensibilidad que se presenta en su origen como persona de carne y hueso, cifraría una posibilidad más que una verosimilitud: la del hispano literalmente perdido en Estados Unidos.

Como se advertía ya desde su primera novela, *Mala onda*, Fuguet revela en su narrativa un oído muy dotado que le permite crear con la viveza del habla coloquial un mundo verbal no exento de contundencia fabuladora. Acá sucede algo similar con el español cruzado por anglicismos de las comunidades latinas en Estados Unidos: el *spanglisch* fuguetiano, esa propuesta mestiza que se nutre de dos lenguas y también del cine y la música, es una herramienta con la que el autor de *Las películas de mi vida* levanta en *Missing* otra diégesis que suplanta a la “real”: algo que llamaríamos los Estados Unidos de Fuguet, un horizonte desolado en el que los lazos familiares se diluyen al paso de los años, y el destino de un emigrante se convierte en una sucesión de hoteles, fugas y pérdidas.

Missing sugiere así una opción para el modelo de la novela que falta en el panorama de la ficción actual en Hispanoamérica, dominado aquí y allá por la intrascendencia de juguetes libresco y *best sellers* históricos sin densidad: una estructura de elementos plurales y movidos, también, un estilo híbrido, expresivamente contemporáneo. –

GALERÍA DOCUMENTAL

Árbol del esmero:
el archivo estratégico
de Walter Benjamin

Ursula Marx,
Gudrun
Schwarz,
Michael
Schwarz,
Erdmut Wizisla
(eds.)

ARCHIVOS DE
WALTER BENJAMIN.
FOTOGRAFÍAS,
TEXTOS Y DIBUJOS
trad. Joaquín Chamorro
Mielke, Madrid, Círculo
de Bellas Artes/
Sociedad Estatal de
Conmemoraciones
Culturales, 2010, 253 pp.

✎ CLAUDIA KERIK

La edición en español de los archivos póstumos de Walter Benjamin merece una mención especial. Este trabajo, que apareció en alemán en el 2006, en inglés en el 2007 y en nuestra lengua en el 2010, ha seguido normas de lealtad al autor, tanto en la calidad de las reproducciones, la tonalidad de los tintes utilizados y la textura del papel, la digitalización de la letra del autor tomada de diversas fuentes (manuscritos tachados, cartas, postales, hojas, hojitas, dobleces, tarjetas, borradores, anotaciones) así como en el estudio pormenorizado de los distintos y complejos tipos de archivo y modos de archivar que practicó Walter Benjamin. Se trata no solo de una puesta en escena del acto de registro más personal del pensador, pues el lector podrá entrar en contacto de inmediato, a través de sus ojos, con solo echar un vistazo, con la huella de la mirada que el propietario puso en sus objetos (tomando como objetos también a los textos, letras, figuras, datos, citas, frases, fotos), sino también de una lectura visual que viene acompañada de una selección de extractos de su pensamiento y citas que buscan comprender el sentido de su afición. A este despliegue de materiales se suma la serie de miradas críticas

hechas por un grupo de seguidores de su obra, que van dejando al descubierto rasgos de su singularidad. Pocos esfuerzos podrían resultar originales y fieles a la vez como este. Podemos decir que la veracidad de este trabajo proviene de su intención de apego al pensamiento de Walter Benjamin, al mismo tiempo que a la persona del autor que pensó, mientras archivó y coleccionó un singular número de objetivaciones de su propio modo de ser y pensar. Un caso poco común de investigación biográfico-hermenéutica y gráfica a la vez, solo por mencionar algunas de las instancias abordadas. Son más y son, además, más complejas de anunciar.

Haciendo a un lado los conocidos acercamientos que polarizan la orientación de su pensamiento, el estudio en equipo de los archivos de Walter Benjamin demuestra ser un alcance del siglo XXI, en que se pudo dar el paso de avanzar hacia adentro de la obra, por rutas que parecían inaccesibles. La propia reconstrucción de este depósito de fuentes vitales significó la acción de convocar desde la dispersión los materiales que quedaron en manos de familiares, mujeres, amigos o conocidos, en distintas partes del mundo. Y ahí comienza la historia. La movilidad de la vida de Benjamin, siempre sostenida en un precario equilibrio de fuerzas internas y externas, lo llevó a cultivar la estrategia de conservar y a la vez dispersar su archivo personal entre distintas personas y en sitios alejados entre sí. Esta facultad desarrollada desde temprano parece ser una compulsión a inventariar sus conocimientos, a no dejar pasar ninguna fuente de inspiración, pero además podría tratarse de una intuición de supervivencia que prefiguraba su futuro. Benjamin salvó sus archivos de sí mismo, distribuyendo copias de sus trabajos, dejando sus pertenencias, sus libros de notas, cajas, cajitas y ficheros, en sitios designados por él, muchos de los cuales le sobrevivieron. Aunque nada traerá de regreso lo irremediadamente perdido, que no

podría ser cuantificable (los escritos que protegió en su portafolio en su fuga de la persecución nazi, su biblioteca, las pertenencias secuestradas por la policía), la cantidad de elementos registrados por él que sí se salvaron permite hablar de un manantial de datos, para el lector inquisitivo.

Ursula Marx, Gudrun Schwarz, Michael Schwarz y Erdmut Wizisla son los autores de esta investigación, que conducen al lector por las distintas instancias del coleccionar, logrando armar una visión diversificada sobre un complejo hábito personal que se manifestó de formas insospechadas. El libro que recoge *fotografías, textos y dibujos* conservados en los documentos póstumos de Walter Benjamin se publicó originalmente para acompañar la exposición de *Los archivos de Walter Benjamin*, celebrada a fines del 2006 en la Academia de las Artes de Berlín. La edición española fue traducida por Joaquín Chamorro Mielke y supervisada por Ana Carrasco Conde. En paralelo a su original en alemán, esta publicación se hizo para acompañar la muestra titulada *Walter Benjamin. Constelaciones*, celebrada en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, que concluyó en febrero del 2011. Surgido de una interacción entre texto y gráfica, fotografía y naturaleza, sobre la que Benjamin meditó, el libro ofrece una galería estudiada de documentos asombrosamente reproducidos, para revelar, en cada caso, un aspecto diferente de la inclinación propia del autor. Lo que salta a la vista es el énfasis en la letra de Walter Benjamin, que aparece transcrita de todos los modos posibles, como una réplica de la intensa expresividad de quien hizo de la grafología, además, uno de sus oficios predilectos. La obsesión por lo minúsculo en todas sus apariciones incluyó a la letra, como elemento visual y autónomo. Basta recordar el citado asombro de Benjamin al descubrir un alma afín en quien escribió todo un rezo judío, el *Shemá Israel*, en dos granos de trigo, que pudo observar en una visita al

Museo de Cluny, en París. O el relato del sueño sobre un chal que Benjamin le transmitiera a la esposa de Theodor Adorno poco antes de su partida final, donde aparece la letra *d* que Jacques Derrida interpretó de manera memorable. La letra de Walter Benjamin fue cambiando a lo largo del tiempo, empequeñeciéndose y ocupando espacios más pequeños, también en función de la censura, pero “sin renunciar en estos minúsculos rasgos a la más refinada agudeza y precisión”, asegura Gershom Scholem. Para esa caligrafía diminuta “jamás encontraba una pluma lo suficientemente afilada, lo que lo obligaba a volver la punta de la pluma al revés, para escribir mejor”, según constató Jean Selz. A esto se sumaba su pulsión por no desaprovechar ni un centímetro cuadrado de papel —el reverso de las cartas de sus mejores amigos le servía para hacer apuntes.

En otros casos, la pequeñez de lo escrito volverá inmenso el espacio de la hoja, para dar lugar a la expresión visual del desamparo, como subraya Ursula Marx a propósito de uno de los sonetos escritos por Benjamin a la muerte de su amigo Christoph Friedrich Heinle, que viene reproducido en el libro. Por otra parte, se señala más de una intención que subyace en esta letra pequeñísima. “Las micrografías de Benjamin repelen la lectura accidental; y Benjamin inscribe en ellas intencionadamente la conciencia de la magnitud y de la importancia de lo que escribe.”

A pesar del enorme interés que ha motivado el rescate de su obra, este libro nos enseña que la jornada aún no culmina y hay más por conocer. Como lo que ha quedado de su colección de tarjetas postales y la génesis de esta afición, de la que el mismo autor nos da su procedencia. El modelo fue transmitido por su abuela materna, una viajera incansable que le enviaba postales de sus aventuras, sembrando en él el anhelo de viajar. “Y como la nostalgia que sentimos define tanto un lugar como

su propia imagen exterior, hay que decir algo de esas postales.” Benjamin llegó a pensar en escribir una *Estética de la tarjeta postal*, en una época de surgimiento y pleno apogeo de la misma, distante de la nuestra, menos en el tiempo que en la sensibilidad (nada queda de esa capacidad de evocación que tenían las vistas codificadas sobre un lugar, en las actuales fotos tomadas por celular que se suben a las redes sociales para informar sobre los viajes). De aquellas imágenes podemos ahora conocer más de la localidad de San Gimignano, acompañadas por su encuadre personal para transmitir la quintaesencia de lo que vio: “Difícil escapar de este presente exagerado, tener presente, por la mañana, la tarde; y por la noche, el día.” No menos subyugante será el relato sobre la muralla que descubrió a través de una fotografía, durante uno de sus paseos por un poblado español. O los retratos de juguetes artesanales de Rusia. Testimonios que son, a su vez, residuos de un mundo en desaparición, como nos deja ver Michael Schwarz.

Una de las novedades que se ofrecen en estos *Archivos* son los cuadernos de notas sobre las primeras frases de Stefan, donde Benjamin registra meticulosamente los desvíos y desvaríos de su hijo, bajo el título de *opinions et pensées*, como haciéndolas parecer las máximas de un filósofo. O las ocho reproducciones de sibilas tomadas de las losas de la catedral de Siena, que aparecieron entre sus cosas y que Benjamin parece haber traído de uno de sus últimos viajes, antes de que dejara de ser un viajero y pasara a ser un refugiado, apátrida. La perspectiva del lugar ya nunca volvería a ser la misma. Y desde sus destinos provisionales, los cuadernos de notas se convertirán también en albergues temporales de sus escritos. Un fragmento de una carta destinada a Alfred Cohn nos da muestras de la emoción que sentía al comenzar un cuaderno nuevo: “Quizás no sepas lo hermoso que es ver siempre tan

amistosamente admitidos los pensamientos cambiantes y de diversa índole de tantos años en tan delicados y limpios alojamientos.”

Los títulos de los capítulos que acompañan con ensayos específicos a las reproducciones han sido tomados cuidadosamente de los propios textos de Benjamin, de modo que imprimen un estado de ánimo particular a la lectura. Así, el primer capítulo dedicado a Benjamin como archivero, titulado “Árbol del esmero”, obtiene dicha expresión de una carta que Walter Benjamin le enviara a Gershom Scholem, donde le decía: “Ha llegado el momento en el que tienes que dejarme zarandar el árbol del esmero, cuyas raíces se encuentran en mi corazón y sus hojas en tu archivo, para tomar algunos de sus escasos frutos.” No pocas veces había solicitado de su amigo que le enviara de regreso las copias de los trabajos que tenía en su poder, pero, por este motivo, algunas de ellas se perdieron.

En otras traducciones al español, esta misma expresión aparece designada con las palabras “Árbol de la escrupulosidad”, “Árbol del cuidado”, y en inglés se la transfiere como *tree of conscientiousness*, que agrega la connotación de conciencia unida a diligencia, la alerta de un cierto estado de conciencia escrupuloso. *Baum der Sorgfalt* es la expresión original en alemán que Benjamin usó en su carta. Tal parece que reúne todas estas connotaciones y más, como la del amoroso cuidado que trae implícita una atención tan dedicada a algo o a alguien. El árbol custodiado por Benjamin desde el exilio fue como la imagen bíblica del árbol de la vida o de la sabiduría. Benjamin cuidaba su árbol de archivos desde lejos, asegurándose de alojar en sus hojas copias de sus trabajos, que podrían serle de utilidad en algún momento. Su árbol de archivos era, en efecto, un árbol de la vida para su propia vida, aún y a pesar de los “escasos frutos” que decía haber en él. Por cada uno de ellos, estamos agradecidos. —

HISTORIA

Veracruz, mar adentro



TIERRA ADENTRO,
MAR EN FUERA.
EL PUERTO DE
VERACRUZ
Y SU LITORAL A
SOTAVENTO, 1519-1821
México, FCE/Gobierno
del Estado de Veracruz/
Universidad
Veracruzana,
2011, 958 pp.

AGUSTÍN DEL MORAL TEJEDA

Esta historia encierra una paradoja. A lo largo de casi ocho décadas (entre 1519 y 1597), un puerto fue de lugar en lugar para ser fundado una y otra vez hasta, finalmente, encontrar su asiento definitivo. Su errancia pudo haber durado más tiempo, y su búsqueda haber comprendido más de los cuatro sitios que ensayó como escenario. El resultado habría sido el mismo: la limitada franja geográfica en la que finalmente se estableció no le ofrecía, con todo, las características idóneas para funcionar como puerto. (Esto debieron sopesarlo los indígenas, pues nunca se instalaron ahí.) Le ofrecía, en cambio, el azote que representaban los constantes “nortes” provenientes del Golfo de México, los “sures”, las trombas tropicales, “una naturaleza desbordada que a ratos amenazaba con borrar la exigua obra de los hombres”. El encuentro de los distintos pueblos que le dieron vida (españoles, portugueses, griegos, negros traídos de África como esclavos, etnias originarias de la región) trajo consigo la plaga de las enfermedades, que diezmo de manera significativa al conjunto de la población que originalmente se asentó alrededor de esa franja. Todavía en 1802 (es decir, 283 años después de haber sido fundado por primera vez y cinco años antes de que se iniciara la guerra de Independencia), Humboldt señalaba que en su vida

había experimentado un clima más insano. Durante buena parte de su vida como elemento bisagra entre la metrópoli y la colonia, este puerto existió y no existió: habilitaba sus muelles cuando una remesa de mercancías salía de la colonia o llegaba del imperio, cumplía sus funciones de desembarcadero y embarcadero, cerraba sus muelles, desaparecía del mapa geográfico, se despoblaba y volvía a aparecer y a habitarse hasta que una nueva carga/descarga de mercancías así lo exigía.

Pese a todo ello, Veracruz jugó un papel estratégico como “la precisa garganta y paso” del comercio marítimo y terrestre de la Nueva España, como “la llave del Reino” que le permitió a la metrópoli abrir su comercio (legal e ilegal) con el resto de Europa (en particular con Amberes, Ámsterdam y Londres), con Filipinas, Perú, América Central, Florida, el Caribe insular y Venezuela. Veracruz fue, al lado de La Habana, Cartagena y Portobelo, uno de los cuatro puertos clave en la colonización española de América. Reconstruir su historia es, en buena medida, reconstruir la historia del proceso de colonización de nuestro país.

A esta tarea se entrega Antonio García de León en *Tierra adentro, mar en fuera. El puerto de Veracruz y su litoral a Sotavento, 1510-1821*. Para hacer frente a la misma, García de León consultó el Archivo General de la Nación y 81 de sus principales Ramos, el Archivo General de Indias (de Sevilla) y otros archivos españoles, los de Cartagena de Indias (Colombia), San Salvador de Bahía (Brasil), Torre de Tombo (Portugal) y Londres, así como archivos regionales de Puebla y el estado de Veracruz. Adicionalmente se apoyó en una amplia bibliografía que enlista a más de quinientos autores y que va de De Alva Ixtlilxóchitl a Marx, pasando por fray Toribio de Benavente, Quevedo, Alonso de Sandoval, Cervantes y Saavedra, Adam Smith y Braudel, por mencionar apenas unos cuantos.

Y aquí radica, creo, el primer gran mérito de García de León: el atinado manejo que hace de la vasta información de la que parte, el destacable equilibrio que logra entre descripción e interpretación, la rigurosidad con que arriba a numerosas y renovadoras conclusiones. En el primer caso, el certero manejo de la información le permite deshacerse de las verdades aceptadas, los mitos y los lugares comunes y, en cierta medida, rehacer una buena parte de la historia de la región, lo que en este caso quiere decir: de la historia de tres siglos clave en la conformación de la economía capitalista mundial. En el segundo caso, el destacable equilibrio entre descripción e interpretación le abre al lector la posibilidad de una lectura ágil y ligera de las casi mil páginas que dan forma a esta historia que por momentos adquiere los matices y las sutilezas de una narración de largo aliento. En el tercer caso, la rigurosidad con que llega a conclusiones (luego de “una lectura desapasionada de las fuentes”, dice en un momento dado) nos planta de lleno frente a una gran aportación a la historia, en primera instancia, de una región en particular, pero, en un segundo plano, de la historia mundial.

El segundo gran mérito de García de León está estrechamente ligado al primero. Si García de León aspira –y creo que lo consigue– a una “historia total”, lo logra a través de lo que bien podemos llamar una literatura total. A lo largo y ancho de ese verdadero cruce de vías que es *Tierra adentro...* la literatura está presente, y de significativa manera. Por momentos, incluso, ofrece elevados registros poéticos. No creo, sin embargo, que esta presencia se deba, única y exclusivamente, a la buena mano, a la educada prosa o a la amplia formación literaria de García de León. Veo algo más: el propósito claro y decidido de hacer de la literatura un elemento clave de la estructura de *Tierra adentro...*

Con admirable maestría, García de León monta un escenario monumen-

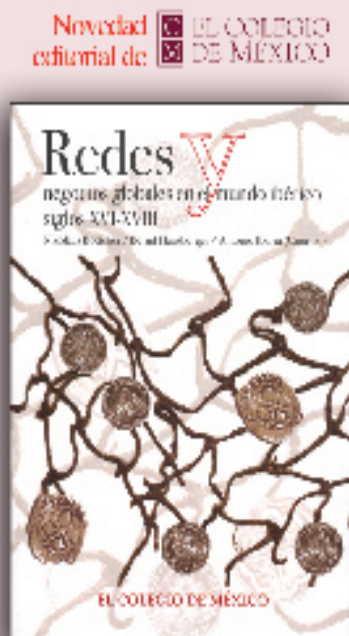
tal en el que el gran telón de fondo son la historia mundial, las grandes estructuras económicas, los amplios periodos sociales, las coyunturas históricas decisivas. Al amparo de ese telón de fondo, García de León reconstruye la historia de un puerto insignificante por su tamaño pero decisivo por su papel, y la de su región de influencia a Sotavento. Y al amparo de esta historia regional nos ofrece infinidad de microhistorias que nos hablan de concepciones del mundo, ideologías, imaginarios sociales, prácticas culturales, sincretismos, en fin, historias de vida (o casi) que le confieren a *Tierra adentro...* el lado humano que la diversifica y enriquece.

Como en círculos concéntricos, García de León va de lo local a lo regional... a lo nacional... a lo mundial... para volver de nuevo a lo local. Pasando de planos horizontales a planos verticales, García de León maneja con excepcional habilidad disciplinas tan diversas y encontradas como la geografía, la antropología, la administración, la sociología, la economía, la historia misma y la tradición oral de esta extensa región. Todo parece estar ahí: la violenta desestructuración de las culturas originarias y su incorporación y sumisión al andamiaje colonial, los esfuerzos por posicionar al puerto como espacio “estratégico y vital” para la metrópoli (finalmente, las dificultades geográficas parecieron “incidir en su valorización política y económica definitiva”), el papel de la raza negra en el abigarrado mundo sotaventino (para García de León, esta raza constituye la segunda raíz de los veracruzanos), las luchas regionales, nacionales e internacionales por hacerse del control y la explotación de la región, la combinación de situaciones e intereses que terminan por incidir en la lucha por la independencia de España.

María Zambrano afirma que una catástrofe histórica deja de serlo si de ella nace una nueva realidad que la redime. La conquista española de México fue, sin lugar a dudas, una

catástrofe histórica; de ella surgió, sin embargo, una realidad que la redimió: un universo excepcional, un mundo único e irrepetible, un cruce de culturas que dio pie a una nueva cultura, una herencia para el mundo entero que ahora García de León se encarga de recrear para entregarla al mundo entero en otra variada y rica dimensión.

María Zambrano afirma, igualmente, que solo permanecen las victorias que salvan el pasado, lo purifican y lo liberan. *Tierra adentro, mar en fuera* es una victoria que permanecerá: una victoria que salva el pasado, lo purifica y lo libera; historia total, literatura total, cartografía total; el primer gran clásico de la historia del puerto de Veracruz y su litoral a Sotavento a lo largo de los tres siglos que duró la colonización de México. Con esta monumental obra, García de León parece recordarnos: *Navigare necesse est... tierra adentro, mar en fuera.* —



NOVELA

Corona de sombras



C. M. Mayo
EL ÚLTIMO PRÍNCIPE
DEL IMPERIO
MEXICANO
México, Grijalbo,
2010, 443 pp.

PABLO SOLER FROST

En abril de 1865, Maximiliano adoptó a Agustín de Iturbide, nieto del emperador Agustín I, como su heredero, otorgándole tanto a él como a su primo Salvador y a su tía abuela Josefa el rango de príncipes del Imperio mexicano. Esta extraordinaria y extraña medida se justificó alegando que, puesto que el emperador y la emperatriz no tenían hijos, con la adopción se garantizaba el futuro sucesorio del nuevo, pero antiguo, Imperio en México (y digo antiguo porque, como todos los gobiernos liberales, el de Maximiliano se sintió continuador del Imperio mexicana).

Este es el asunto que C. M. Mayo (El Paso, 1971), autora también de *From Mexico to Miramar or, Across the Lake of Oblivion* (2006), trata en su novela *El último príncipe del Imperio mexicano*, recientemente aparecida y ya reimpressa. Partiendo de una concienzuda y afortunada búsqueda en archivos públicos y privados, Mayo logró reunir un caudal de información notable de la que hace uso con bastante desenvoltura. Y esto no es tan fácil; del conde Corti a Franz Werfel, de Victoriano Salado Álvarez a Rodolfo Usigli, a Fernando del Paso y Konrad Ratz, la tragedia del Segundo Imperio ha contado con grandes intérpretes.

Aun considerando que Maximiliano pensaba en anclar su imperio en la figura del niño, aun así la adopción de un niño extraño,

cuando Maximiliano y Carlota son aún jóvenes y podrían procrear si es que cohabitaran (a veces de los reyes se habla en términos zoológicos), resulta uno de los hechos más curiosos del Segundo Imperio. No era lo de menos el que los padres de Agustín, último príncipe del Imperio mexicano, viviesen y, tras muchas negociaciones y por una suma extraordinaria, aceptasen irse a París con el resto de la familia Iturbide (menos doña Josefa, “una dueña de comedia perfecta” a decir de Miguel de Grecia, *La emperatriz del adiós*), dejando a su retoño, él, al parecer tranquilo, ella, nacida Green en Virginia, alebrestada. Ella fue, como madre, quien más trabas puso y seguirá poniendo a la adopción: desde intentar deshacer el compromiso hasta “emboscar” a la emperatriz Carlota o a la emperatriz Eugenia con su aflicción. Es una mujer admirable, y sin embargo es también un personaje antipático. Carlota, quien en París ya no podía más de sufrimiento, ve en las reiteradas peticiones de Alicia Green de Iturbide parte del siniestro plan para destruirla, y le dice a la desconsolada madre, quien se siente en presencia de Carlota *uninvited*, que escriba al emperador, pero con respeto, sin exigir nada. Al final, el niño será regresado a sus padres.

Sigue habiendo muchos misterios alrededor de esta adopción. Se han llegado a adelantar tonterías tales como afirmar que, al adoptar al príncipe, Maximiliano reconocía su carácter usurpador. Pero es innegable que, tanto en su época como hoy en día, la adopción suscita muchas interrogantes. ¿Era Maximiliano impotente? ¿Había contraído una enfermedad venérea? No se sabe. José Luis Blasio tan solo dice que, después del viaje a Yucatán, toda intimidad entre los esposos se esfumó (ese viaje continúa siendo uno de los misterios más grandes del Segundo Imperio, no por su función pública, sino por lo que pudo o no haber sucedido en Uxmal: Carlota envenenada, entoloachada, ¿o tal vez se contagió de una terrible

enfermedad del trópico?). ¿Era Maximiliano homosexual? Su hermano menor, Luis Víctor, lo fue, y lo fue muy escandalosamente, al grado de que Francisco José le prohibió residir en Viena, retirándose el archiduque al castillo de Klessheim, donde murió en 1919. Miguel de Grecia en su novela histórica *La emperatriz del adiós* (1999) lo pregunta, sin atreverse a pronunciarse en un sentido o en el otro; también C. M. Mayo lo insinúa en una fingida plática que tiene como protagonista a Blasio (quien sabe que el emperador y la emperatriz jamás duermen juntos) en el exilio. De hecho, en su *Maximiliano íntimo*, Blasio declara acerca de la adopción: "... como él no tenía hijos y sabía perfectamente que nunca los tendría..." ¿Por qué ese "perfectamente"? ¿Era Carlota frígida? Pero amor había en esta pareja. Yo por supuesto que no tengo idea, como, a menos que se descubriera un día algún archivo secreto, no la tiene nadie. Pero es una hipótesis que explicaría muchas cosas; tal vez por eso no sirve, porque explicaría demasiadas cosas. Una pregunta anterior, fundamental: "¿por qué establecer como fundadora de una monarquía hereditaria a una pareja sin hijos?", como planteó Elsa Cecilia Frost en su prólogo a la reproducción facsimilar (México, 1998) del *Viaje del Emperador Maximiliano y de la Emperatriz Carlota, desde su Palacio de Miramar cerca de Trieste hasta la capital del Imperio Mexicano*, publicado en Orizaba en 1864.

La terrible advertencia de Pedro Moctezuma xv ("Su Alteza ha sido demasiado precipitado en aceptar la oferta del trono de México... desde 1812 no ha habido gobierno ni de hecho ni de derecho... los que componen la regencia... son de la estirpe más despiadada...") contrasta con las cartas y los arcos de flores de las comunidades indígenas a su paso. Aparte del desastre mexicano, el emperador, liberal, romántico, arqueólogo, naturalista, ambicioso, Maximiliano *went native*; contrasta extraordinariamente con su hermano mayor, Francisco

José, penúltimo emperador y rey del *K. u. K.*, cariñosamente burlado por Musil y reivindicado por Roth.

"Maximiliano perdió el trono el día en que se vistió de charro." ¡Cuántas veces de niño no oí estas palabras! Son palabras que, a pesar de su aparente claridad, pueden parecer absurdas; y esto es así porque en realidad esconden un enigma. En la novela de Mayo es Alicia quien "hizo burla del traje de charro del Emperador. Pero, carajo, ¿quién no?"

Muchas cosas me gustaron del libro de Mayo; tal vez, sobre todo, la gran simpatía tanto por los Iturbide como por los Habsburgo, rasgo en sí notable, cuando el Segundo Imperio tuvo y tiene tan mala prensa anglosajona. Por ejemplo, Hanna y Hanna aseguran en su *Napoleon III and Mexico* (1971) que el complot "sinistro" (*la plus grande pensée du règne*) de Napoleón III estaba dirigido contra los Estados Unidos, y que la intervención en México era tan solo el primer paso; más o menos es el mismo tono amenazador y amenazado el de O'Connor en *The cactus throne*, también de 1971; mucho más amable es Haslip en *The crown of Mexico*, otro más del aluvión del mismo año.

Solo un error hallé imputable a la autora (lo digo porque yo también me he equivocado en mis novelas): el color rojo de la bandera de las Tres Garantías no representa a España, sino la unión de españoles y mexicanos, pues Religión, Independencia y Unión fueron las virtudes —pues de garantías no tuvieron mucho— representadas por nuestra tricolor.

La traducción es buena y se deja leer (es obra de Agustín Cadena), pero la afean algunos errores molestos: no es San Francisco de Paolo, sino San Francisco de Paula; Ostende se llama así en español, no Ostend, y los Saxe Coburg, Sajonia Coburgo. En la mesita en Miramar en la cual es fama que Maximiliano firmó tanto el "Pacto de Familia" como su aceptación de la Corona de México, mesa regalo del papa, decorada con vistas de Roma, no

son "los arqueros" de Tito, Septimio Severo, Trajano, sino los arcos (de triunfo) de Tito, Constantino, etcétera.

No me queda sino celebrar esta novela que, comenzando lentamente, termina subyugando por su notable narración. Debo decir que la novela termina casi abruptamente: se espera una continuación, que, dada la impecable, como ya he dicho, investigación de Mayo, aunada a sus evidentes dotes de narradora, promete, puesto que bucea en zonas olvidadas u ocultas por el casi siempre triunfante jacobinismo, punto de mira radical que crea un desleal tamiz por donde se quiere ver o cribar toda la historia patria, pero también por un conservadurismo rancio que exalta a Maximiliano por quien es como símbolo, no por quien fue como persona.

Para terminar, esta novela me trajo de nuevo a la mente unas preguntas que rondo siempre, o que me rondan: ¿por qué Maximiliano no se coronó de nuevo en México? ¿Por qué seguir llamando al Segundo Imperio un "imperio efímero", cuando duró más que cualquier gobierno mexicano desde el golpe de Estado contra Iturrigaray en 1808? ¿Por qué no recordar con cariño que fue el primer gobierno en volver a hablar el náhuatl? ¿Por qué no darnos cuenta de la hombría de Moctezuma o de Maximiliano? Solo los buenos reyes mueren en los patíbulos; los crueles mueren en sus camas. Pues, ay, nuestros últimos cinco emperadores: apedreado por la turba uno, muerto de viruelas el segundo, ahorcado el tercero, fusilados el cuarto y el quinto. Edmundo O'Gorman (*La supervivencia política novo-hispana. Reflexiones sobre el monarquismo mexicano*, 1969) creía que la posibilidad de un imperio, fusilados tanto el libertador criollo como el príncipe de Austria, quedaba para siempre cancelada. Ni uno criollo ni uno extranjero. Pero hay otra opción, una en la que todo se junta, que sería traer a un descendiente de Moctezuma. De todas maneras, esta es una corona de sombras. —